

DE LENGUAJES Y UNIVERSOS: UNA REFLEXIÓN

Itzá Eudave Eusebio

El lenguaje nos ha servido como el gran espacio por el cual transmitimos lo que pensamos, compartiendo nuestros conocimientos con quienes nos rodean. Las palabras contienen las ideas que expresamos convirtiéndose en transmisoras de los saberes que poseemos, de cómo observamos el universo y cómo vivimos en él.

Los diversos tipos de lenguaje y el contenido que en ellos se descubre, nos permiten ver que existen tantas formas de expresión como personas hay en el mundo. Pero cuando utilizamos nuestro lenguaje para explicar la percepción del mundo de otras personas o pueblos, nos exponemos a verla únicamente desde nuestro pensamiento y no de acuerdo con el de los otros.

En el mundo académico, el lenguaje de la historia o cualquiera disciplina que pretende explicar las múltiples formas de vida de los seres humanos con sus pensamientos, se ha convertido en una esfera no compartida por todos. Es decir, sólo quienes pertenecen a determinado grupo manejan los mismos elementos-códigos para comunicarse, pero éstos no se comparten con todos; así, la información llega a etiquetarse como privilegiada. El ejercicio de comunicación no existe, pues el pensamiento se presenta unívoco; no hay intercambio sino imposición.

Desde hace tiempo se ha pretendido establecer una visión del cosmos basada en la supuesta universalidad; el lenguaje utilizado por la cultura occidental, ubica a la tradición, frente a la modernidad, como un retraso en la “evolución” lineal y el “desarrollo” de la humanidad. Como si todas las culturas tuvieran los mismos ritmos de vida, son clasificadas y se habla de ellas de manera general.

El lenguaje científico impone, para contar la historia, ciertos géneros discursivos, excluyentes de otros. En pos de la universalidad se traduce todo conocimiento a un solo lenguaje, unívoco, unilateral. Se parte del yo para juzgar al otro, a lo otro. A partir de lo que el otro no tiene y yo sí tengo, se realiza un análisis de su “desarrollo” histórico, y cuando se encuentra que no ha “evolucionado” se le encajona en un estadio de retraso en la historia de la humanidad. Éstas son ideas de “progreso” homogeneizadas en los sistemas que gobiernan actualmente la mayor parte del planeta.

A partir del acercamiento que tenemos con otras sociedades, con el otro o con lo otro, es como nos colocamos en una esfera de acción diferente (“ajena” se le ha llamado en el lenguaje científico de origen occidental), otro espacio de comunicación al cual entramos y del cual salimos manteniendo distancia con los otros.

El investigador ubica a los individuos y sus saberes en un plano de informantes y objetos de estudio; escribe sobre ellos, no con ellos. Deshumaniza a las personas convirtiéndolas en transmisoras del conocimiento, pero no las ve como constructoras del mismo.

Historia como ciencia

Cada pueblo ha construido una o varias explicaciones de cómo observa, vive y aprehende el mundo que le rodea y lo ha manifestado mediante las múltiples formas del lenguaje. Esto se ha realizado con pinturas, esculturas, glifos, códices, estelas, cerámica, arquitectura, construcción de lenguas u otras formas.

La lengua da identidad a las personas y los pueblos; transmite la visión propia del universo en cada cultura. Asimismo, permite percibir, pensar y actuar sobre la realidad dentro de un sistema cultural. “Las representaciones colectivas —como la lengua— aparecen así como una forma de conocimiento compartido, de saber común derivado de las interacciones sociales y orientado a fomentar la solidaridad grupal”.¹

¹ Miguel Alberto Bartolomé, *Gente de costumbre y gente de razón, las identidades étnicas en México*, México, Instituto Nacional Indigenista y Siglo XXI, 1997, p. 44.

La palabra también tiene distinto valor entre los pueblos: con ella nombramos lo que nos rodea y manifestamos nuestras formas de vida y la relación con nuestro entorno. Las múltiples lenguas-cosmovisiones que existen en el mundo pareciera que no son bienvenidas en el sistema mundial de gobierno creado por unos cuantos y para su propio beneficio.

En distintos tiempos la mercantilización de la vida ha cambiado de nombre, pero hoy podemos reconocerla como neoliberalismo. En esta cosmovisión, los pueblos, sus tradiciones y sus lenguas tienden a desaparecer. Pues debe existir un lenguaje por medio del cual se impongan formas de vida y pensamiento. Vestir, comer, estudiar, curar sus enfermedades, hasta soñar al más puro estilo del “sueño americano”. Nada más hay que reflexionar un poco en los “contenidos” que ofrecen la televisión, el cine, los supermercados, la publicidad, la religión, la educación y otras tantas herramientas que se han utilizado para ese fin.

En este sistema, otras lenguas no forman parte del mundo en “desarrollo”; se ha imaginado construir éste en línea recta, desde la aparición de la vida en este planeta y hasta nuestros días, poniendo un punto final por venir. Se ha construido una visión unívoca del camino a la modernidad; lo otro y los otros representan en la historia un “retraso” que querrían que desapareciera por completo, pues éste no conviene a su imaginaria línea de “evolución”.

Desde que comienza la llamada “revolución industrial”, los pueblos son calificados en su “desarrollo” según los avances tecnológicos que logran. Un pueblo queda en el retraso, si sus ideas del universo no coinciden con las impuestas por la vida basada en la acumulación de capital (dinero, conocimientos, etcétera).

Se ha pensado que existe un punto de partida para hablar de “desarrollo”; quienes no viven en esta esfera de acción y no cambian hacia ella el rumbo de su pensamiento, viven en el subdesarrollo condenados a desaparecer por el peso avasallador del capital, sobre lo humano, o dicho en otra forma, se convierten automáticamente en terroristas que atentan contra el orden mun-

dial impuesto por los que creen tener la única palabra, la que en nombre de la libertad bombardea lenguas, tradiciones, cosmovisiones que les son incómodas.

La manera de contar la historia también es impuesta por esta visión del mundo. Aunque no todos quienes la escriben o cuentan son absorbidos por este sistema de vida, el tipo de lenguaje en que transmiten sus conocimientos y que domina en las escuelas y fuera de ellas, se ha ido homogeneizando en nombre de la “objetividad”, buscando la “verdad” y la “universalidad” que posibilite a los humanos comunicarse entre sí con un mismo eje. Este lenguaje obliga a ver de una sola forma y a explicar el mundo acomodando en cajones previamente establecidos las múltiples manifestaciones de pensamientos o cosmovisiones.

Por ejemplo, si en un pueblo indígena de América y también en otro de África se venera al Sol como padre, podemos estudiar esos pueblos y decir que pertenecen a tal o cual cajón del lenguaje científico que se pretende universal, porque la historia de las religiones dice que son de tal manera, e incluso podemos inferir sus comportamientos y formas de vida sin acudir a sus lugares de origen, ni tener que observarlos; basta consultar la enciclopedia o las fuentes reconocidas por la academia. En este sentido,

la religión de los indios y su pensamiento en general se nos presentan erizados de dogmas... pero no son los dogmas de los indios, sino de los que escriben sobre ellos; muchos de estos dogmas tienen 100 años o 50 años, y se los cuelgan a los antiguos, algunos eruditos de aquí y de allá, y se han vuelto verdad revelada, pero revelada por tal o cual profesor, y es herejía académica no creer en ella.²

Para mirarlo, los investigadores se alejan de lo que describen, se imaginan colocados fuera de la realidad, que observan como si no compartieran el mismo planeta. En ese absurdo sentido de la objetividad describen universos que les son ajenos e incomprensibles porque no se sienten parte de ellos.

² Salvador Díaz Cántora, *Meses y Cielos, reflexiones sobre el origen del calendario de los nahuas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.

De ahí que el lenguaje de la historia se encuentre dividido en dicotomías como modernidad-tradición, palabra científica y palabra cotidiana, cosmovisión de investigador, cosmovisión del estudiado, *el otro* y *el yo*.

En las múltiples manifestaciones del lenguaje, la palabra *compartir* adquiere significados que varían según quien la utilice. Para acercarse a los conocimientos de los pueblos, es decir, de las culturas, es necesario quitarse el disfraz del investigador que imagina descubrir algo que le esperaba dentro de un cofre. Cada vez que se inicia un trabajo de estudio, se tiene impuesta la visión de crear objetivos e hipótesis que muchas veces son respuestas que ya se han formulado para cierta pregunta. Pocos trabajos han mostrado interés por no sólo estudiar, sino aprender y aprender con las personas que viven y explican el universo de otra manera.

En lengua náhuatl la palabra *tomamacazque* significa “lo que compartimos”, y se utiliza en todos los sentidos con relación al universo, a la tierra, al sol, a los hermanos, que es todo lo que de la Madre Tierra brota. Los pueblos que conservan la costumbre del compartir pueden escuchar al investigador y amablemente le proporcionan la información que éste necesita, pero se queda en un ejercicio de plática de ventana: todo sale de un lado pero no hay regreso. Se pregunta de las creencias olvidando que también el que investiga posee otros conocimientos, otras creencias que no comparte. El diálogo existe, pero no el intercambio de saberes.

El objetivo central de una investigación, pareciera ser el de obtener el grado de licenciado, maestro o doctor, anteponiéndose el interés particular e individualista, mecanismo impuesto desde hace ya tiempo para reconocer en un mundo de inequidad, la acumulación de conocimientos en unas pocas personas.

Los saberes se han mercantilizado y responden a los intereses de la sociedad de consumo que predomina en la mayor parte del mundo. Quienes se dicen estudiosos de la historia, no manifiestan cuál es su sentir con respecto al tema que trabajan; su pensamiento adquiere un valor que no comparten por miedo a que les roben

la información que les fue transmitida por otros, y que de ningún modo les pertenece.

Se acumula el conocimiento, les da poder y por consiguiente posiciones privilegiadas en ese mundo mercado. Se acercan a otras culturas, luego publican lo que les han compartido, sin más reconocimiento que el de mencionar a sus “informantes” y sin reconocer que todos los conocimientos existen gracias a la socialización de éstos. En otras palabras, los investigadores salen de su caverna, entran a otra y regresan de nuevo a la suya para iluminar a los que hablan su misma lengua, pero no hay intercambio ni reconocimiento de los conocimientos que se poseen en las otras cavernas; esto les sirve para seguir justificando la permanencia de su cosmovisión, rechazando la de los otros.³

Desde tiempos antiguos la comunicación ha tenido variadas formas. En el mundo homogeneizado se han impuesto métodos de estudio y formas de impartir la educación que responden a los intereses de esta visión del mundo, sin respetar la de los otros.

En el español se habla construyendo oraciones en donde aparecen sujeto, verbo y complemento y así se va por la vida construyendo oraciones con reglas gramaticales muy precisas. En el náhuatl y otras lenguas, no existen los objetos; se toma todo lo existente como sujetos, pues todos somos parte del mismo universo. La intersubjetividad, como también se le nombra, vendría a ser una forma de explicar algo que muchos pueblos transmiten desde tiempos antiguos, en cuanto a la relación con las formas de percibir y nombrar todo lo existente en la Tierra, nuestra madre.

La comunicación y la estructura social impuesta en el mundo actual, responde a los mismos intereses económicos y políticos que no reconocieron ni permitieron la presencia de las cosmovisiones que existían en este continente a la llegada de los europeos. Es la misma actitud con que hoy en día las empresas trasnacionales se imponen en el planeta, y en nombre de la verdad, la democracia, la justicia, la paz y otras palabras que cambiadas de significado y

³ Carlos Lenkersdorf, *Cosmovisión Maya*, México, Centro de Estudios Antropológicos, Científicos, Artísticos, Tradicionales y Lingüísticos, 1999, pp. 17-21.

contenido para acomodarlas a los fines que a unos cuantos conviene, hacen guerras contra los que no son como ellos: éstos, los otros, están mal y hay que llevarles el “bien” a como dé lugar.

En este sentido, la comunicación se transforma en incomunicación, pues no se trata de compartir los saberes que se poseen, sino de imponer los de unos cuantos y convencer a todo mundo de que esa es la verdad. Para ello se valen de todo: medios de comunicación, gobernantes, gerentes, académicos, etcétera.

Historia como memoria

Las distintas formas de expresión de las ideas constituyen el universo del lenguaje. De esta manera nos podemos explicar que existan múltiples formas de contar la historia, y que cada pueblo lo haya realizado según su necesidad de comunicar su visión del mundo, su forma de vida, renovándose en los métodos y herramientas utilizadas. “Nos encontramos, pues, en un cosmos repleto de vida... que abarca a todos los vivos y nos liga a todos en una comunidad cósmica de vida... somos una especie entre otras”.⁴

El diálogo que se genera entre dos o más personas, si se escucha y respeta, permite el intercambio de conocimientos que cada quien posee; los saberes se comparten y se modifican al juntarlos con los de los otros. Entonces se construye la comunicación entre muchos mundos que se explican de distinta manera su forma de vivir en el planeta.

De esta manera, entendemos la cosmovisión como el conjunto de saberes que a través del lenguaje permite que se realice un intercambio constante de visiones del mundo. Estos conocimientos, al igual que la historia, se transmiten y renuevan permanentemente.

En este sentido, la palabra es la herramienta de comunicación que contiene la observación de lo que nos rodea, y ayuda a nom-

⁴ Carlos Lenkersdorf, *op. cit.*, p. 40.

brar lo que se ha ido aprehendiendo en la historia de cada persona, de cada pueblo.

Asimismo, en la palabra se conservan creencias que nos dan explicación de la relación con el universo.

De esta manera entendemos la tradición como la transmisión de la cultura de cada pueblo, y la creencia como elemento de reproducción de los conocimientos guardados a través del tiempo y el espacio.

El lenguaje de la historia cambia según quien la cuente; por ejemplo, dentro de la tradición-transmisión científica, se imagina construir un discurso “universal” que todos entienden; sin embargo, las personas de muy diversas tradiciones no científicas, también tienen su forma de contar la historia. La tradición oral pertenece a otra esfera de práctica que no es la misma que la del antropólogo o historiador que escriben de lo que observan, en su propio discurso y sin dar voz a quienes están siendo su objeto de estudio.

Las distintas formas de contar la historia contienen enunciados que pertenecen a tal o cual tradición, es decir, su propia visión del mundo. La palabra que se emite es resultado de múltiples diálogos previos que se han intercambiado. Todos poseemos conocimientos diversos aprendidos y aprehendidos de varias formas, porque los vivimos, nos los enseñaron, los leímos, los observamos, los escuchamos, etcétera.

Cada persona, desde su propia concepción del cosmos, genera su explicación de la vida, la comparte con sus hermanos y forma parte de la cosmovisión que se renueva permanentemente, generando la identidad individual y colectiva. Los pueblos que comparten creencias y tradiciones en torno a su cultura, viven y reproducen los trabajos que les fueron enseñados por sus abuelos a través de la palabra, la transmisión oral de la historia.

La tradición oral contiene valores sociales que sustentan la cosmovisión de cada pueblo, y a su vez transmite conocimientos que preservan elementos culturales propios de cada uno. La memoria oral es un “universo de saberes que cada sociedad genera y trans-

mite de forma verbal y comunitaria, como parte del proceso de su reproducción social y cultural”.⁵

El lenguaje, igual que la historia, va cambiando y se escribe de manera permanente; en esta forma podemos distinguir, en los relatos de tradición oral, elementos que dan cuenta de sucesos que tienen que ver con la memoria de cada pueblo, pero adaptándose a las formas de cada tiempo-espacio y a los múltiples contactos culturales en el transcurrir de la historia.

De voz en voz, nuestra memoria

En esta reflexión, proponemos llamar la atención sobre el tipo de lenguaje en el cual se escriben y transmiten los conocimientos sobre la historia, donde al parecer se alejan de la realidad de lo que se escribe para mirarla de lejos, se olvida que quienes escribimos también formamos parte de este mundo, que poseemos lenguajes que enuncian de diversas maneras nuestras percepciones del universo; hemos olvidado escuchar y transmitir la palabra de quienes nos comparten su aprendizaje. Por ello, proponemos desobjetivizar a las personas y sus saberes.

Porque la historia es de los pueblos, y de quienes los construyen, la memoria compartida a través de la palabra nos enseña que hay muchas formas de hacer esos relatos que nos constituyen individual y colectivamente.

Si la historia nos pertenece a todos, y entre todos la vamos construyendo como relato permanente que recrea los saberes de nuestros antepasados, modificándolos según nuestros tiempos y espacios, entonces el lenguaje para compartir las investigaciones en torno a la memoria colectiva que es la historia, debería ser transmitido de manera que todas las personas tuviéramos acceso a él.

⁵ José Alejos, “Tradición y Literatura en Mesoamérica. Hacia una crítica teórica”, en Fernando Curiel y Belem Clark (eds.), *Filología Mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

La historia de cada persona se va tejiendo con otras, construyendo una más amplia que es la de los pueblos. Partimos de la historia personal hacia la de la comunidad. Los relatos nos muestran que la historia se escribe desde sus mismos constructores, quienes la viven y la comparten.

Escuchar la palabra de todas las personas, no solamente la de los “eruditos”, es un ejercicio de acudir a la biblioteca que son las personas; cada una guarda conocimientos acumulados en la vida; cada uno con su saber nos permite reconocer el mundo que habitamos y aprender de su pensamiento, conocer nuestra historia, compartirla.

Los saberes que se transmiten oralmente se van renovando, y adaptando en el tiempo. Cambian las formas y se conjuntan con otros pensamientos en un ejercicio de construcción permanente. El trabajo apenas comienza. Otra vuelta a la caracola de nuestra memoria está por venir.

BIBLIOGRAFÍA

ALEJOS GARCÍA, José

- 1998 “Identidades negadas, etnicidad y nación en Guatemala”, en Claudia Dary (comp.), *La construcción de la nación y la representación ciudadana en México, Guatemala, Perú, Ecuador y Bolivia*, FLACSO, pp. 247-271.
- 2002 “Tradición y Literatura en Mesoamérica. Hacia una crítica teórica”, en Fernando Curiel y Belem Clark (eds.), *Filología Mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

BAJTÍN, Mijaíl

- 2001 *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.

BARTOLOMÉ, Miguel Alberto

- 1997 *Gente de costumbre y gente de razón*, México, Siglo XXI.

BONIFAZ NUÑO, Rubén

- 1986 *Imagen de Tláloc, hipótesis iconográfica y textual*, México, Seminario de Estudios para la Descolonización de México, Universidad Nacional Autónoma de México.

BRODA, Johanna

- 2001 “La etnografía de la fiesta de la Santa Cruz”, en Johanna Broda y Félix Báez-Jorge (coords.), *Cosmovisión ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*, México, Fondo de Cultura Económica.

BRODA, Johanna, y BÁEZ-JORGE, Félix (coords.)

- 2001 *Cosmovisión ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*, México, Fondo de Cultura Económica.

BUBNOVA, Tatiana

- 2002 “Más allá de la etnoficción o cuando el otro habla”, en E. Cohen y A. Martínez (coords.), *Lecciones de extranjería*. México, Universidad Nacional Autónoma de México / Siglo XXI.

DÍAZ CÍNTORA, Salvador

- 1994 *Meses y Cielos, reflexiones sobre el origen del calendario de los nahuas*, México, Seminario de Estudios para la Descolonización de México. Universidad Nacional Autónoma de México.

- GOOD ESHELMAN, Catherine
 2001 “El ritual y la reproducción de la cultura”, en Johanna Broda, y Félix Báez-Jorge (coords.), *Cosmovisión ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LEÓN PORTILLA, Miguel
 1996 *El destino de la palabra. De la oralidad y los códices a la escritura alfabética*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LIMÓN OLVERA, Silvia
 2001 *El fuego sagrado y ritualidad entre los nahuas*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Universidad Nacional Autónoma de México.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo
 1990 *Los mitos del tlacuache*, México, Alianza.
 1996 “La cosmovisión mesoamericana”, en Sonia Lombardo y Enrique Nalda (coords.), en *Temas mesoamericanos*, México.
 1997 “Ofrenda y comunicación en la tradición religiosa mesoamericana”, en *De Hombres y Dioses*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
 2001 “La religión, la magia y la cosmovisión”, en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), en *Historia Antigua de México*, vol. IV, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia / Porrúa / Universidad Nacional Autónoma de México.
- MORALES BARANDA, Inocente Teuctli, y HERNÁNDEZ, Miguel Ángel
 2003 *Huitzcalco Tohuehuetlahtol, nuestra palabra antigua, nahuatl para niños*, Mixtlin, México, Secretaría de Educación Pública / Gobierno del Distrito Federal.
- MURIÁ, José María
 1973 *Sociedad prehispánica y pensamiento europeo*, México, Secretaría de Educación Pública.
- VANSINA, Jan
 1968 *La tradición oral*, Barcelona, Labor.
- VOLOSHINOV, Valentin
 1992 *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza.